

Teoría feminista postmoderna y Trabajo Social

Por Roberta G. Sands y Kathleen Nuncio.*

(*Traducción de Alfonso García Martínez y Ruth Sánchez Pérez).

INTRODUCCIÓN

En los últimos 15 años, una explosión de académicas feministas ha conducido a numerosas «re-visiones» del conocimiento sobre el trabajo social. Los escritos feministas, interdisciplinares han estimulado una comprensión del *status* de las mujeres en una sociedad patriarcal, de las orientaciones sexistas en las teorías sociales y comportamentales y de la feminización de la pobreza. En el seno del trabajo social, un cierto número de académicos profesionales han analizado la conflictiva compatibilidad entre la teoría feminista y el trabajo social (Collins, 1986; Gould, 1987; Nes y Iadicola, 1989; Van Den Bergh y Cooper, 1986).

Aunque las teorías del trabajo social se beneficiaron de la primera ola de teoría feminista, la profesión ha ido mucho más despacio a la hora de confrontar las oportunidades y desafíos ofrecidas por las teorías feministas postmodernas más recientes. El postmodernismo, un fenómeno cultural que saltó al ruedo en el campo de la arquitectura y que rápidamente se expandió a la literatura, al arte y a otras áreas, junto con el deconstruccionismo y el feminismo francés, ha estimulado y transformado el pensamiento y la práctica feminista. La literatura sobre trabajo social sólo ahora está comenzando a tocar de cerca los temas y métodos postmodernos (Berlín, 1990; Jones, 1990; Tice,

1990), que se sitúan en las fronteras del conocimiento de otros campos.

Este artículo nos proporciona un bagaje intelectual para comprender el feminismo postmoderno y sus potenciales contribuciones y desafíos para el trabajo social. Este es un proyecto ambicioso, puesto que el conjunto de trabajos de los que surge el postmodernismo feminista es complejo e inmenso. La inaccesibilidad de los escritos feministas postmodernos, que ha sido uno de los motivos por los que el feminismo postmoderno ha sido criticado, realza la importancia de este artículo. La naturaleza confusa de los escritos, así como el vocabulario altamente especializado, tiende a desanimar hasta al más curioso intelectualmente hablando. A la vez que la profesión se prepara para el siglo XXI, las/os trabajadoras/es sociales se encontrarán con que las contribuciones del feminismo postmoderno provocan diversas reconceptualizaciones entre las muchas asunciones básicas del trabajo social. La teoría feminista postmoderna emergente supone un desafío para las ideas generalmente aceptadas sobre raza, género y clase, así como las relativas a los derechos políticos, la igualdad y las diferencias, todas ellas básicas para los valores tanto del movimiento de las mujeres como de la profesión del trabajo social.

1. TEORÍA FEMINISTA Y TRABAJO SOCIAL.

Aunque los temas correspondientes a las mujeres son ampliamente discutidos en la literatura del trabajo social, la teoría feminista afecta sólo a un número limitado de estos trabajos. La literatura del trabajo social que ha incorporado o asumido el feminismo ha tomado tres direcciones, y las dos primeras de ellas parecen contradecirse entre sí. La primera orientación recomienda la eliminación de las falsas dicotomías o categorías mientras que la segunda promueve el uso de categorías. La tercera orientación se centra en aplicar ideas sobre las «diferencias», que han sido articuladas en la literatura feminista psicológica, a la teoría y práctica del trabajo social.

1.1. Eliminando y estableciendo categorías

Un enfoque común entre las trabajadoras sociales feministas ha sido eliminar las falsas dicotomías que emergen de la sociedad capitalista americana, jerarquizada y patriarcal. El pensamiento jerárquico dicotómico crea relaciones opuestas y reductoras entre distintas áreas de conocimiento, tales como la distinción entre la política y la práctica, que se representan mejor por medio de una relación continua u holística. Una muestra de los trabajos que van en esta línea insisten en erradicar falsas distinciones y separaciones artificiales (Bricker-Jenkins y Hooyman, 1986; Collins, 1986; Gould, 1987; Van Den Bergh y Cooper, 1986) y eliminar la dicotomía entre la atención personal y la acción social (Morell, 1987). Para evitar falsas dicotomías, se ha propuesto una afirmación de la unidad de

todos los seres vivos (Wetzel, 1986) y conseguir una síntesis. La eliminación de las falsas dicotomías es compatible, en particular, con la perspectiva ecológica del trabajo social (Collins, 1986) que se focaliza en la totalidad.

Paradójicamente, la literatura del trabajo social feminista también enfatiza, a menudo, el establecimiento de categorías, que son usadas como una estructura organizativa para el análisis de la teoría y la práctica del trabajo social. Ciertas categorías del feminismo, como en el caso de las radicales y las marxistas, han sido descritas de manera extensa en diversos escritos feministas transdisciplinares (por ejemplo, Ferree y Hess, 1985; Tong, 1989). Algunos escritores del trabajo social han categorizado el conocimiento y la práctica del trabajo social utilizando tres tradiciones filosóficas y políticas de la política feminista -liberal, socialista y feminismo radical (Bricker-Jenkins y Hooyman, 1986; Nes e Iadicola, 1989).

El *feminismo liberal* enfatiza el mantenimiento de los derechos políticos, las oportunidades y la igualdad dentro del sistema político existente. El *feminismo socialista*, atribuye la opresión de la mujer a la interacción entre racismo, sexismo y la división de clases producida por el capitalismo patriarcal. El *feminismo radical* encuentra en el patriarcado una influencia omnipresente que ha de ser desmantelada. Aunque Nes e Iadicola (1989) señalan que el trabajo social feminista está «en si mismo» fuera de la perspectiva dominante (p. 20), observan también que el cauce principal de pensamiento en trabajo social está estrechamente relacionado con el pensamiento feminista liberal. Esta orientación ideológica se ha visto

fortalecida por la investigación de Freeman (1990), que encontró que la mayoría de trabajadoras sociales se identificaban con el feminismo liberal.

1.2. Celebrando las diferencias

Un tema dentro de la teoría feminista que ha sido adoptado por los escritores del trabajo social es la «celebración de las diferencias». A diferencia del feminismo liberal, que enfatiza la similitud y la igualdad, esta perspectiva llama la atención sobre y, al mismo tiempo, aplaude las concepciones del mundo de las mujeres y describen la divergencia de los caminos en el desarrollo tomados por los varones y las mujeres. Las escritoras del trabajo social Bricker-Jenkins y Hooyman (1986) argumentaron que la diversidad es un recurso que puede ser utilizado para reforzar los intereses del movimiento feminista. Yendo más lejos han encontrado valioso lo no racional y lo emocional, características estereotipadas de las mujeres que han sido utilizadas como justificación para la exclusión de las mujeres de la esfera pública, donde los hombres reclaman la hegemonía.

Un número de académicas del trabajo social desarrollan el tema de la diferencia a partir de los estudios psicológicos de Chodorow (1978), Gilligan (1982) y Kaplan y Surrey (1984). Rhodes (1985), por ejemplo, mostró cómo las diferentes «voces» descritas por Gilligan se manifiestan en el trabajo social. La actuación responsable es compatible con el énfasis en la compasión, con la aceptación sin juicio previo y con la relación en trabajo social, mientras que los derechos de la persona estén reflejados en la ética del trabajo social. De forma parecida Davis (1985) identificó «las voces masculinas y

femeninas en el trabajo social», siendo ambas deseables y necesarias. Los académicos masculinos del trabajo social y aquellos investigadores que usan una perspectiva positivista representan la voz masculina. En contraposición, las practican-tes del trabajo social representan la voz femenina, que tiende a ser suprimida en las escuelas de trabajo social. Reimer (1984) recomendó que los trabajadoras sociales clínicas cuidasen sus propias concepciones personales de la diferencia, para que así sus propias pautas no contaminen sus relaciones terapéuticas.

Las diferencias se ponen de manifiesto en otros dos artículos adicionales en revistas de trabajo social; Berzof (1989) apreció la conexión como un tema característico del desarrollo de la mujeres. En un estudio sobre mujeres ejecutivas que trabajan en agencias de servicios sociales, Chernesky y Bombyck (1988) encontraron que las mujeres que ocupan puestos administrativos aportan a su trabajo cualidades tales como la sensibilidad, el consejo, el cuidado de otros, el reconocimiento de la dualidad de roles de las mujeres trabajadoras, y una referencia para la participación del personal en la toma de decisiones.

Los temas que son planteados en estos escritos feministas sobre el trabajo social anticipan (pero no incorporan) puntos que han sido desarrollados por teóricas feministas postmodernas. Más recientemente, Tice (1990) expuso cómo las nuevas teóricas feministas que desafían los presupuestos de universalidad y objetividad pueden sean utilizadas para transformar la educación del trabajo social en los 90. Berlin (1990) cuestionó el valor del pensamiento polarizado, pero no iden-

tificó su perspectiva como postmoderna o feminista. Jones (1990) usó teorías deconstruccionistas y feministas para interpretar una entrevista de investigación.

El *feminismo postmoderno* desafía la validez de las categorías y promueve el reconocimiento de las diferencias. Sin embargo, a veces, el feminismo postmoderno encuentra que las categorías pueden resultar útiles.

2. LAS RAÍCES DE LA TEORÍA FEMINISTA POSTMODERNA.

El feminismo postmoderno tiene sus raíces en el postestructuralismo, en la filosofía postmoderna y en la teoría feminista francesa; todas ellas emergieron espontáneamente aproximadamente al mismo tiempo. Los lazos entre estas escuelas y la clasificación de una teoría particular entre éstas y la tradición previa son problemáticos, porque los temas se solapan y las filosofías son contradictorias, incluso dentro de una misma escuela. Más aún, la relación entre escuelas y la progresión de las ideas son no lineales. La teoría feminista postmoderna americana adopta y critica simultáneamente temas que han sido desarrollados en estos discursos y ha introducido sus propias perspectivas.

2.1. Estructuralismo y postestructuralismo

El *estructuralismo* es un método analítico usado por académicos en el marco de la antropología, la lingüística, el psicoanálisis y otros estudios humanos. El método se caracteriza por una búsqueda de estructuras organizadas subyacentes o de relaciones entre los hechos empíricos en las culturas, la personalidad, la

política y otras áreas (de George y de George, 1972; Grosz, 1989). Los académicos estructuralistas comparten la convicción de que «los fenómenos y eventos superficiales, pueden ser explicados por medio de estructuras, datos y fenómenos existentes bajo la superficie» (de George y de George, 1972, p. xii). Estructuralistas tales como Marx, Saussure, Freud, Levi-Strauss, Piaget y Lacan desarrollaron sistemas de pensamiento en cuyo apoyo se propusieron profundas estructuras explicativas. Muchos de estos teóricos enfatizan la importancia del lenguaje en la configuración de las relaciones de poder.

El *postestructuralismo*, al mismo tiempo, incluye y transforma el estructuralismo. Aunque la perspectiva estructuralista entiende el significado como algo que es producido dentro del lenguaje como algo invariable, los postestructuralistas ven el significado como algo múltiple, inestable y abierto a la interpretación (Weedom 1987). Los postestructuralistas ven el significado en relación al contexto particular, social, político e histórico en el cual el lenguaje es hablado o escrito. Ven los discursos (cuerpos del lenguaje o «textos») y a los «lectores» como situados en un campo más que como neutrales. Consecuentemente, los postestructuralistas se separan de la «gran teoría», que pretende el establecimiento de una verdad universal. Teóricos asociados con este movimiento son Derrida (1978) Foucault (1965) y la feminista francesa Kristeva (1982).

Los teóricos postestructuralistas, cuyos trabajos influyen tanto a las feministas francesas como a las feministas postmodernas, han desarrollado diversos temas. Entre éstos están (1) la crítica al

«logocentrismo», (2) la naturaleza de la «diferencia», (3) la deconstrucción de textos, (4) los discursos múltiples, y (5) la naturaleza de la subjetividad.

2.2. La crítica al logocentrismo

Los escritores postmodernos han identificado un presupuesto asumido en la metafísica occidental (Filosofía postilustrada) que estos encuentran ciertamente problemático. A esto lo llaman *logocentrismo*, la creencia de que hay un orden singular y lógico ya fijado (Derrida 1976) que se puede encontrar en la inmediata presencia de las formas «reales», «verdaderas» y «no mediadas» (Grosz 1989). El logocentrismo supone un desafío por dos razones. En primer lugar, asume que hay cualidades «esenciales» inherentes a las categorías del pensamiento. Según Derrida (1978), las categorías, las definiciones y los constructos varían en relación a sus particulares entornos políticos, sociales e históricos. No hay significados «esenciales» inherentes; las definiciones son históricamente contingentes y ligadas a un contexto determinado. Otro problema del logocentrismo es que depende de categorías binarias (oposiciones polares) para la producción del conocimiento. Este problema se relaciona con la naturaleza de la «diferencia» y el rol del lenguaje en la producción del significado.

2.3. Diferencias

Derrida (1978) diseñó una distinción entre «*différence*» y «*difference*» que afecta a la lectura de los textos. El pensamiento logocentrico occidental promueve el pensamiento de las diferencias en términos binarios opuestos, tales como identidad-diferencia, masculino-femeni-

no y razón-emoción, los cuales se perciben como mutuamente excluyentes, opuestos y jerárquicos, en vez de como interdependientes. Derrida sugiere que, aunque uno pueda estar impulsado a pensar dicotómicamente, existe un significado residual que no encaja en estas categorías. El usó el término «*différence*» para describir el significado que es simultáneamente ambas cosas (identidad y diferencia) o ninguna de ellas o alternativamente alguna de ellas (Grosz, 1989).

Una de las mayores fuentes del pensamiento categórico es el lenguaje, el cual está fundido con significados que derivan de la cultura logocéntrica. El lenguaje da cuerpo y mantiene la perspectiva del «Orden Simbólico» (Lacan, 1977), que es patriarcal («falocéntrica»; Cixous, 1981; Derrida, 1978). A este respecto, los términos dentro de las categorías binarias están valorados diferentemente. Uno de los términos (por ejemplo, macho/hombre) es privilegiado o dominante, resultando una relegación del segundo término a un estado negativo (por ejemplo, todo aquello que no sea macho/masculino es femenino; Grosz, 1989). El privilegio (o la valoración) de un término tiene como resultado la supresión, marginación o devaluación del otro.

2.4. Deconstrucción

Un camino para recuperar los significados perdidos es la *deconstrucción*. La deconstrucción es una forma de analizar textos sensible a las dimensiones contextuales y a las voces que han sido marginadas. Cuando se deconstruye un texto, no se deben aceptar los constructos utilizados como algo definitivo; por contra, deben revisarse en relación a los contextos históricos, sociales y políticos. El de-

construccionista identifica las tendencias existentes en el texto, las ve como problemáticas y las «descentra». Entre tanto, las perspectivas que se tratan de forma marginal son «centradas» y se identifica un significado excedente que sobrepasa (que no es contemplado por) las polarizaciones. A través de la deconstrucción, la pretendida estabilidad existente dentro del orden social se «desestabiliza», y las perspectivas de lo marginalizado pueden ser articuladas (Grosz, 1989). Este proceso quiebra la hegemonía del orden dominante (Hutcheon, 1988) y da una relevancia a las voces que han sido suprimidas.

2.5. Discursos múltiples

La deconstrucción nos revela que la historia oscurece las perspectivas de aquellos que no aparecen en los textos. Foucault (1978) apunta que, en cualquier momento, se encuentran presentes múltiples discursos, pero sólo son escuchados unos pocos de éstos:

«Para ser más precisos, no debemos imaginarnos un mundo de discursos dividido entre discursos aceptados y discursos excluidos, o entre discursos dominantes y dominados; sino más bien como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden jugar distintas estrategias. Esta es la distribución que debemos reconstruir, con las cosas dichas y aquellas que están ocultas, los enunciados reclamados y los prohibidos, lo que está comprendido...» (p 100).

Los discursos que se escuchan están vinculados al poder y a las estrategias para mantenerlo (Foucault, 1978). Los discursos concurrentes son silenciados, aunque estén llenos de significado.

2.6. Subjetividad

La subjetividad se refiere a «las emociones y pensamientos tanto conscientes como inconscientes de la persona, su sentido de ella misma, y las maneras de entender sus relaciones con el mundo» (Weedon, 1987:32). Dentro de la tradición logocéntrica, el individuo es autónomo y tiene una subjetividad «esencial», una identidad o personalidad que son estables, únicas (si es sana) e íntegradas. Desde una perspectiva postestructural, sin embargo, la subjetividad es «precaria, contradictoria y en proceso, que constantemente se reconstruye en el discurso cada vez que pensamos o hablamos» (Weedon, 1987:33). De acuerdo con esto, el sujeto es polifacético y se manifiesta con voces distintas, dependiendo del contexto. Así que se pueden esperar los cambios y las contradicciones a lo largo del tiempo. Más aún, la subjetividad es el lugar donde otros construyen socialmente su propia identidad. Así la subjetividad se conecta con el contexto sociocultural, histórico e interpersonal donde uno se sitúa.

3. EL FEMINISMO FRANCÉS.

Las perspectivas filosóficas de ciertas feministas francesas, tales como Cixous (1981), Irigaray (1985) y Kristeva (1982), comparten ciertos campos comunes con escritores postestructuralistas como Derrida (1978) y Foucault (1965), así como con Lacan, que es considerado como un estructuralista. Estas feministas francesas son deconstruccionistas como Derrida. Aunque Foucault ha sido ciertamente negligente en su exclusión de las mujeres, las feministas francesas encuen-

tran estimulante su reconstrucción de la historia y su punto de vista de las relaciones entre lenguaje, poder y conocimiento.

Las feministas francesas comparten con Lacan un interés por la reinterpretación de la tradicional teoría psicológica freudiana, así como por su práctica. (Tong, 1989). Las feministas francesas están particularmente interesadas en la relación entre la teoría psicoanalítica de la subjetividad y cómo se «generiza» el cuerpo. Usando la visión de Lacan (1989) sobre un Orden Simbólico falocéntrico, reconstruyen la voz femenina ocultada en la teoría psicoanalítica.

4. LA FILOSOFÍA POSTMODERNA.

El énfasis sobre las diferencias, la crítica al logocentrismo y el uso del deconstruccionismo están presentes en los textos de los filósofos contemporáneos postmodernos, por ejemplo, Lyotard, 1984; Rorty, 1979). Estos escritores (predominantemente hombres) describen su trabajo como un punto de partida de la investigación de los universales que han sido la base del proyecto del «humanismo liberal», que ha caracterizado la era moderna que comenzó en el siglo XVIII (Hutcheon, 1988). Los postmodernistas aprecian a sus predecesores humanistas como «esencialistas» que asumieron la existencia de significados que eran innatos en vez de históricamente contingentes. Más aún, critican el interés de la ciencia por proporcionar un conocimiento objetivo del mundo. Los postmodernistas devalúan la búsqueda de leyes y teorías universales y se focalizan en los significados locales que se construyen socialmente.

Los filósofos postmodernos se niegan a aceptar las perspectivas que les vienen de sus predecesores como las «legítimas» narrativas (Fraser y Nicholson, 1990). Críticos con su propia disciplina, ellos ven lo que es considerado como la filosofía «legítima» como uno de los muchos discursos posibles, que se pueden observar en cada uno de los contextos históricos, sociales y políticos. Los filósofos postmodernos cuestionan las categorías binarias y enfatizan la diversidad, la multiplicidad, y el pluralismo. Ven las categorías tales como género, raza y clase como demasiado reductoras (Fraser y Nicholson, 1990). La consideración de estas teorías como múltiples, diversas e irreductibles supone tanto una contribución como una fuente de conflicto para las teorías feministas postmodernas.

5. EL FEMINISMO POSTMODERNO.

Aunque el feminismo postmoderno se relacione con la teoría postestructuralista, la filosofía postmoderna y la teoría feminista francesa, mantiene una incómoda relación tanto con el feminismo como con el postmodernismo. Los filósofos postmodernos no reconocen la significatividad del género, la raza y la clase porque estas son categorías que deben ser vistas como diversas. Incluso apreciando esta omisión como un motivo de preocupación para las feministas postmodernas, éstas reconocen, con el resto de filósofos postmodernos, el problema que se plantea cuando se establecen categorías que lleguen a ser explicaciones de la realidad fijas y universales. De hecho, la diversidad es una preocupación especial de las feministas postmodernas, quienes subra-

construccionista identifica las tendencias existentes en el texto, las ve como problemáticas y las «descentra». Entre tanto, las perspectivas que se tratan de forma marginal son «centradas» y se identifica un significado excedente que sobrepasa (que no es contemplado por) las polarizaciones. A través de la deconstrucción, la pretendida estabilidad existente dentro del orden social se «desestabiliza», y las perspectivas de lo marginalizado pueden ser articuladas (Grosz, 1989). Este proceso quiebra la hegemonía del orden dominante (Hutcheon, 1988) y da una relevancia a las voces que han sido suprimidas.

2.5. Discursos múltiples

La deconstrucción nos revela que la historia oscurece las perspectivas de aquellos que no aparecen en los textos. Foucault (1978) apunta que, en cualquier momento, se encuentran presentes múltiples discursos, pero sólo son escuchados unos pocos de éstos:

«Para ser más precisos, no debemos imaginarnos un mundo de discursos dividido entre discursos aceptados y discursos excluidos, o entre discursos dominantes y dominados; sino más bien como una multiplicidad de elementos discursivos que pueden jugar distintas estrategias. Esta es la distribución que debemos reconstruir, con las cosas dichas y aquellas que están ocultas, los enunciados reclamados y los prohibidos, lo que está comprendido...» (p 100).

Los discursos que se escuchan están vinculados al poder y a las estrategias para mantenerlo (Foucault, 1978). Los discursos concurrentes son silenciados, aunque estén llenos de significado.

2.6. Subjetividad

La subjetividad se refiere a «las emociones y pensamientos tanto conscientes como inconscientes de la persona, su sentido de ella misma, y las maneras de entender sus relaciones con el mundo» (Weedon, 1987:32). Dentro de la tradición logocéntrica, el individuo es autónomo y tiene una subjetividad «esencial», una identidad o personalidad que son estables, únicas (si es sana) e íntegras. Desde una perspectiva postestructural, sin embargo, la subjetividad es «precaria, contradictoria y en proceso, que constantemente se reconstruye en el discurso cada vez que pensamos o hablamos» (Weedon, 1987:33). De acuerdo con esto, el sujeto es polifacético y se manifiesta con voces distintas, dependiendo del contexto. Así que se pueden esperar los cambios y las contradicciones a lo largo del tiempo. Más aún, la subjetividad es el lugar donde otros construyen socialmente su propia identidad. Así la subjetividad se conecta con el contexto sociocultural, histórico e interpersonal donde uno se sitúa.

3. EL FEMINISMO FRANCÉS.

Las perspectivas filosóficas de ciertas feministas francesas, tales como Cixous (1981), Irigaray (1985) y Kristeva (1982), comparten ciertos campos comunes con escritores postestructuralistas como Derrida (1978) y Foucault (1965), así como con Lacan, que es considerado como un estructuralista. Estas feministas francesas son deconstruccionistas como Derrida. Aunque Foucault ha sido ciertamente negligente en su exclusión de las mujeres, las feministas francesas encuen-

tran estimulante su reconstrucción de la historia y su punto de vista de las relaciones entre lenguaje, poder y conocimiento.

Las feministas francesas comparten con Lacan un interés por la reinterpretación de la tradicional teoría psicológica freudiana, así como por su práctica. (Tong, 1989). Las feministas francesas están particularmente interesadas en la relación entre la teoría psicoanalítica de la subjetividad y cómo se «generiza» el cuerpo. Usando la visión de Lacan (1989) sobre un Orden Simbólico falocéntrico, reconstruyen la voz femenina ocultada en la teoría psicoanalítica.

4. LA FILOSOFÍA POSTMODERNA.

El énfasis sobre las diferencias, la crítica al logocentrismo y el uso del deconstruccionismo están presentes en los textos de los filósofos contemporáneos postmodernos, por ejemplo, Lyotard, 1984; Rorty, 1979). Estos escritores (predominantemente hombres) describen su trabajo como un punto de partida de la investigación de los universales que han sido la base del proyecto del «humanismo liberal», que ha caracterizado la era moderna que comenzó en el siglo XVIII (Hutcheon, 1988). Los postmodernistas aprecian a sus predecesores humanistas como «esencialistas» que asumieron la existencia de significados que eran innatos en vez de históricamente contingentes. Más aún, critican el interés de la ciencia por proporcionar un conocimiento objetivo del mundo. Los postmodernistas devalúan la búsqueda de leyes y teorías universales y se focalizan en los significados locales que se construyen socialmente.

Los filósofos postmodernos se niegan a aceptar las perspectivas que les vienen de sus predecesores como las «legítimas» narrativas (Fraser y Nicholson, 1990). Críticos con su propia disciplina, ellos ven lo que es considerado como la filosofía «legítima» como uno de los muchos discursos posibles, que se pueden observar en cada uno de los contextos históricos, sociales y políticos. Los filósofos postmodernos cuestionan las categorías binarias y enfatizan la diversidad, la multiplicidad, y el pluralismo. Ven las categorías tales como género, raza y clase como demasiado reductoras (Fraser y Nicholson, 1990). La consideración de estas teorías como múltiples, diversas e irreducibles supone tanto una contribución como una fuente de conflicto para las teorías feministas postmodernas.

5. EL FEMINISMO POSTMODERNO.

Aunque el feminismo postmoderno se relacione con la teoría postestructuralista, la filosofía postmoderna y la teoría feminista francesa, mantiene una incómoda relación tanto con el feminismo como con el postmodernismo. Los filósofos postmodernos no reconocen la significatividad del género, la raza y la clase porque estas son categorías que deben ser vistas como diversas. Incluso apreciando esta omisión como un motivo de preocupación para las feministas postmodernas, éstas reconocen, con el resto de filósofos postmodernos, el problema que se plantea cuando se establecen categorías que lleguen a ser explicaciones de la realidad fijas y universales. De hecho, la diversidad es una preocupación especial de las feministas postmodernas, quienes subra-

yan/ponen en primer plano/enfatizan/in-sisten en las diferencias. El uso mismo de una única etiqueta ->feminismo postmoderno-> se contradice con el espíritu de un movimiento que enfatiza los significados múltiples.

El feminismo postmoderno también comparte con el postmodernismo una crítica del esencialismo y el deseo de encontrar una identificación del carácter diverso del conocimiento categórico. De acuerdo a esto, las feministas postmodernas, han deconstruido la categoría «mujer», reconociendo que la mujer es un constructo cultural con el que sólo algunas mujeres se identifican. Más aún, las feministas postmodernas reconocen que el feminismo del pasado (predominantemente formado por mujeres blancas, heterosexuales y de clase media) asumió equivocadamente que cuando usaban el término «mujer» hablaban de todas las mujeres, incluyendo aquí a las mujeres del tercer mundo, las de color y las lesbianas. Para evitar asumir tales definiciones, las feministas postmodernas han encontrado necesario especificar sobre qué mujeres se está hablando (por ejemplo, mujeres blancas de clase obrera, mujeres profesionales afroamericanas). De esta manera, se puede hablar de «mujeres» concretas más que de una «mujer» universal.

Las feministas postmodernas comparten con las feministas americanas un proyecto político. Independientemente de que una feminista sea liberal, socialista o de otra tendencia, tiene el deseo de cambiar tanto el orden social como el político para que las mujeres dejen de estar oprimidas. En consecuencia, tomar parte en la acción y en la organización política para

disminuir las injusticias es una dimensión significativa del feminismo postmoderno. Más aún, la conexión entre teoría y práctica (o «práxis») con las demandas de la práctica (las consideraciones cotidianas) predominando sobre la teoría (Fraser y Nicholson, 1990), es lo que distingue al feminismo postmoderno del postmodernismo.

Moi (1985) denomina al postmodernismo y al feminismo como «extraños compañero de cama» (*sic*, p. 4). El énfasis en las diferencias que es característico del pensamiento postmoderno crea ciertos dilemas a las feministas. El feminismo postmoderno reconoce que hay una multiplicidad de mujeres y que el movimiento de las mujeres representa intereses diversos y divergentes. Sin embargo, el énfasis postmoderno en la existencia de diferentes y múltiples voces entra en conflicto con la búsqueda de la actividad política feminista. La política feminista requiere unidad y acción en determinados temas de mujeres. El énfasis en la diversidad por parte del postmodernismo, sin embargo, ignora la necesidad que, para las entidades políticas (basadas en categorías y «esencias»), puede suponer una acción política colectiva en materia de mujeres. Si se clama por la unidad de las mujeres, se está asumiendo que las mujeres son una entidad que tiene «esencialmente» iguales intereses. Al enfatizar la semejanza se provoca el pensamiento sobre un ser mujer «esencial» en el cual los intereses de las mujeres de un estatus superior puede llegar a ser dominante. Así, el matrimonio entre el postmodernismo y el feminismo plantea una amenaza para el programa de acción política de las feministas.

Algunos escritores que han estado reflexionando sobre este dilema han sugerido que las feministas postmodernas adopten una actitud de «posicionamiento» o de «inclusión» (Haraway 1989; Nicholson, 1990). Así, no sería necesario elegir entre el énfasis postmoderno en la multiplicidad y la políticas feministas. Cuando se está dentro de la política, se puede actuar como si las mujeres (afroamericanas o pobres) fuesen un grupo unido ante una determinada causa. En otras ocasiones, tendrá que reconocer y celebrar la diversidad de las mujeres (y de otros grupos). Lo que no está reñido con la necesidad de ser «racional» o consciente, permitiendo que el contexto influya en nuestra ideología y nuestra política.

6. IMPLICACIONES PARA EL TRABAJO SOCIAL.

Como los movimientos feministas precedentes, el feminismo postmoderno es altamente compatible con el trabajo social. Con su énfasis en las diferencias, reconoce la diversa constitución de los usuarios y sus necesidades específicas. Es más, la focalización en el contexto del feminismo postmoderno conecta con la perspectiva de la persona-en-su-medio que se tiene en el trabajo social. El uso de la deconstrucción para recuperar las voces suprimidas de las poblaciones marginadas nos proporciona un medio a través del cual los trabajadores sociales pueden trabajar de común acuerdo con grupos de clientes promover el cambio social.

Sin embargo, el postmodernismo feminista también comporta temas desafiantes para el trabajo social. En primer lugar, este campo no deja de estar lleno de categorías binarias que influyen

en la teoría, la práctica, la investigación y la educación. Por ejemplo, los trabajadores sociales polarizan lo general y lo específico, lo micro y lo macro, la investigación y la práctica, la política y la práctica profesional. Los investigadores del trabajo social han sostenido un vigoroso debate sobre aproximaciones cuantitativas *versus* enfoques cualitativos a la hora de investigar, como si estos esfuerzos fuesen mutuamente excluyentes. Los trabajadores sociales pueden aprender de las feministas postmodernas que las categorías pueden coexistir y solaparse. Allí donde la investigación implica decisiones históricamente planteadas como una elección entre ambos métodos, cualitativos o cuantitativos, los teóricos del trabajo social han comenzado a desarrollar métodos que combinan estas metodologías. (Allen-Meares y Lane 1990; Tice, 1990).

El uso de categorías por parte de los trabajadores sociales vuelve a cuestionarse cuando lo revaluamos a través de una perspectiva teórica distinta. Sobre todo, los trabajadores sociales se encuentran con categorías tales como el género, la raza, la etnicidad y la clase que son extremadamente útiles para entender y comprender la tarea profesional de combatir la opresión. El Consejo de Enseñanza de Trabajo Social se enorgullece de que los contenidos sobre las mujeres, la gente de color y otros grupos se incluyan en el curriculum educativo. Incluso, como señaló Tice (1990), las mismas categorías que se proponen como cese de la opresión son opresivas en sí mismas por su superficialidad. Del mismo modo como los cursos tradicionales de historia se convierten en la historia del «gran hombre blanco», los contenidos curriculares de los cursos de trabajo social sobre las mu-

jeros pueden caer demasiado fácilmente en la trampa de convertirse en cursos que hablen de las mujeres blancas de clase media (como es criticado por el trabajo de Gilligan).

Pero «problematizar» el uso de categorías (por ejemplo, «mujeres», «afroamericanas») crea un dilema político. Teniendo a la población marginada como la preocupación central de la profesión, los trabajadores sociales se apropian de las «esencias» de los usuarios (por ejemplo, raza, sexo, discapacidad) para reclamar políticas y programas que tengan como objetivo a ciertos tipos de población. Sin estas categorías y estas definiciones comúnmente aceptadas, los trabajadores sociales tendrían dificultades de comunicación y organización en la representación de las poblaciones oprimidas.

Por otra parte, las categorías suponen un problema para los trabajadores sociales. Éstos son reticentes a la hora de etiquetar al usuario sobre la base del diagnóstico (Sands 1983). La investigación de Kutchins y Kirk (1988) demostró que, aunque los trabajadores sociales usaban las categorías sobre los desordenes mentales descritas en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, Third Edition-Revised (Manual de Diagnóstico y Estadística de Desórdenes Mentales, Tercera Edición Revisada)* (American Psychiatric Association, 1987) para atender las demandas administrativas de sus agencias y para percibir el tercio de los ingresos obtenidos, no confían en ellas a efectos de conseguir el fin alegado: guiar el tratamiento. Normalmente los trabajadores sociales utilizan diagnósticos menos formales (por ejemplo, el ajuste de desórdenes), con lo que

pueden evitar el etiquetado de los usuarios mediante diagnósticos más precisos o rígidos (por ejemplo, de depresión aguda), o usan diagnósticos más formales y rigurosos para el que usuario pueda optar a determinados servicios (Kirk y Kutchins, 1988). Claramente, los trabajadores sociales han estado asumiendo ambas posiciones tanto al objetar su uso como al asumir sus categorías.

El feminismo postmoderno plantea desafíos únicos a las trabajadoras sociales feministas. Si no hay una definición comúnmente aceptada de «mujer», ¿cómo se pueden localizar las necesidades especiales, los aspectos psicológicos y las vulnerabilidades de las mujeres? Si las trabajadoras sociales feministas se vuelcan en el apoyo de programas especiales adaptados a las necesidades de las mujeres (por ejemplo, programas centrados en mujeres que abusan de alguna sustancia) ¿se verán reflejadas las mujeres usuarias a sí mismas en los programas «humanistas» que están adaptados a las necesidades de los hombres? ¿Cómo se puede preservar la diversidad y la especificidad simultáneamente?

Al igual que las feministas postmodernas, los trabajadoras sociales pueden resolver estos dilemas considerando la diversa naturaleza de la población usuaria, los contextos particulares en los que se presentan los problemas y las exigencias políticas del momento. Como resultado de esto, se puede estar sensibilizado y actuar simultáneamente con un individuo, con una población específica y con el terreno común en el que persona-entorno se desarrollan. Para evitar la polarización en la práctica, pero asumiendo una posición ideológica en lo que afecta a la política -cuando esas posiciones así lo

exigen-, los trabajadores sociales pueden asumir la tarea de trabajo social y el programa feminista al mismo tiempo.

7. BIBLIOGRAFÍA.

- ALLEN-MEARES, P. y LANE, B. A. (1990): «Social Work practice: Integrating qualitative and quantitative data collection techniques». *Social Work*, n° 35; pp. 452-458.
- AMERICAN PSYCHIATRIC ASSOCIATION (1987): *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (3rd ed.rev.). Washington D: Autor.
- BERLIN, S. B. (1990): «Dichotomous and complex thinking». *Social Service Review*, n° 64; pp. 46-59.
- BERZOFF, J. (1989): «From separation to connection: Shifts in understanding women's development». *Affilia*, n° 4; pp. 45-58.
- BRICKER-JENKINS, M. y HOOYMAN, N. R. (Eds.) (1986): *Not for women only: Social work practice for a feminist future*. Silver Spring, MD: National Association of Social Workers.
- CHERNESKY, R. H. y BOMBYK, M. J. (1988): «Women's ways and effective management». *Affilia*, n° 3; pp. 48-61.
- CHODOROW, N. (1978): *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.
- CIXOUS, H. (1981): «The laugh of the Medusa», en E. Marks e I. de Courtivron (Eds.), *New French Feminism*. New York: Schocken Books. Pp. 245-264.
- COLLINS, B. G. (1986): «Defining feminist social work». *Social Work*, n° 31; pp. 214-219.
- DAVIS, L. V. (1985): «Female and male voices in social work». *Social Work*, n° 30; pp. 106-113.
- DE GEORGE, R. y DE GEORGE, F. (Eds.) (1972): *The structuralist from Marx to Levi-Strauss*. Garden City, NY: Anchor Books.
- DERRIDA, J. (1976): *Of grammatology*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- DERRIDA, J. (1978): *Writing and difference*. Chicago: University of Chicago Press.
- FERREE, M. M. y HESS, B. B. (1985): *Controversy and coalition: The new feminist movement*. Boston: Twayne.
- FOUCAULT, M. (1965): *Madness and civilization*. New York: Vintage Books.
- FOUCAULT, M. (1978): *The history of sexuality: Vol. 1, An introduction*. New York: Vintage Books.
- FRASER, N. y NICHOLSON, L. J. (1990): «Social criticism without philosophy: An encounter between feminism and postmodernism», en L. J. Nicholson (Ed.), *Feminism/postmodernism*. New York: Routledge. Pp. 19-38.
- FREEMAN, M. (1990): «Beyond women's issues: Feminism and social work». *Affilia*, n° 5; pp. 72-89.
- GILLIGAN, C. (1982): *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- GOULD, K. H. (1987): «Feminist principles and minority concerns: Contributions, problems and solutions». *Affilia*, n° 2; pp. 6-19.
- GROSZ, E. (1989): *Sexual subversions: Three French feminists*. Sydney: Allen y Unwin.
- HARAWAY, D. (1989): «Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective». *Feminist Studies*, n° 14; pp. 575-599.
- HUTCHEON, L. (1988): *A poetics of postmodernism: History, theory, fiction*. New York: Routledge.
- IRIGARAY, L. (1985): *Speculum of the other woman*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- JONES, M. (1990): «Understanding social work: A matter of interpretation? *British Journal of Social Work*, n° 20; pp. 181-196.

- KAPLAN, A. G. y SURREY, J. L. (1984): «The relational self in women: Developmental theory and public policy», en L. E. Walker (Ed.), *Women and mental health policy*. Beverly Hills, CA: Sage. Pp. 79-94.
- KIRK, S. A. y HUTCHINS, H. (1988): «Deliberate misdiagnosis in mental health practice». *Social Service Review*, nº 62; pp. 225-237.
- KRISTEVA, J. (1982): *Desire in language*. New York: Columbia University Press.
- KUTCHINS, H. y KIRK, S. A. (1988): «The business of diagnosis: DSM-III and clinical social work». *Social Work*, nº 33; pp. 215-220.
- LACAN, J. (1977): *Ecrits: A selection*. New York: W. W. Norton.
- LENGERMANN, P. M. y WALLACE, R. A. (1985): *Gender in America*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- LYOTARD, J.-F. (1984): *The post-modern condition: A report on knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- MOI, T. (1985): *Sexual/textual politics*. London: Methuen.
- MORELL, C. (1987): «Cause is function: Toward a feminist model of integration for social work». *Social Service review*, nº 61; pp. 144-155.
- NES, J. A. y IADICOLA, P. (1989): «Toward a definition of feminist social work: A comparison of liberal, radical, and socialist models». *Social Work*, nº 34; pp. 12-21.
- NICHOLSON, L. J. (Ed.) (1990): *Feminism/postmodernism*. New York: Routledge.
- REIMER, M. S. (1984): «Gender differences in moral judgment: Implications for clinical practice». *Clinical Social Work*, nº 34; pp. 198-208.
- RHODES, M. L. (1985): «Gilligan's theory of moral development as applied to social work». *Social Work*, nº 30; pp. 101-105.
- RORTY, R. (1979): *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- SANDS, R. G. (1983): «The DSM-III and psychiatric nosology: A critique from the labeling perspective». *California Sociologist*, nº 6; pp. 77-87.
- TICE, K. (1990): «Gender and social work education: Directions for the 1990s». *Journal of Social Work Education*, nº 26; pp. 134-144.
- TONG, R. (1989): *Feminist thought: A comprehensive introduction*. Boulder, CO: Westview Press.
- VAN DEN BERGH, N. y COOPER, L. B. (1986): *Feminist visions for social work*. Silver Spring, MD: National Association of Social Workers.
- WEEDON, C. (1987): *Feminist practice and poststructuralism theory*. Oxford: Basil Blackwell.
- WETZET, J. (1986): «A feminist world view conceptual framework». *Social Casework*, nº 67; pp. 166-173.